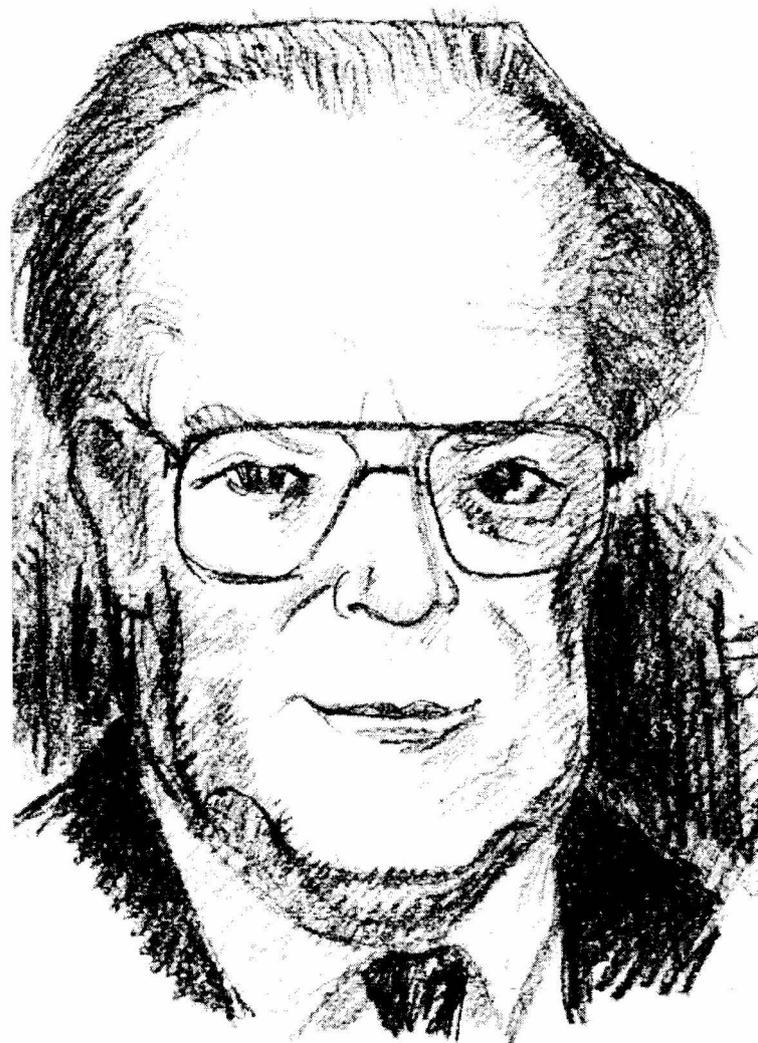


# EL PADRE CAUCA CIVILIZADOR DE COLOMBIA

Jaime Sanín Echeverri

Vol. 25 # 90

( Enero - Diciembre 1962)





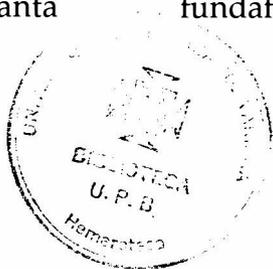
*El Cauca niño en predios de Popayán es saltarín, juguétón, bullanguero. Piedras bien lavadas son su juguete predilecto. Cauca niño limpio, allí se entiende por qué las aguas de los ríos se llaman dulces. La mansedumbre trasciende el paisaje bien peinado que contempla su cabello en el espejo. Los pájaros aquí han estudiado armonía. El verde vida de tonalidad mediterránea, y el aire transparente como el secreto de la primera novia. Los españoles que venían de mil paisajes hostiles hallaron en el Valle de Pubenza no la gracia real de sus nativas tierras castellanas y andaluzas, sino la doblada por la hipérbole del afectoso recuerdo. La mujer, esa ausencia en la que se cifran todos los dolores de la conquista, volvía a llenar de mimos las frentes fatigadas de los héroes de Pizarro. Hubo arrullos y fueron los varones militares quienes enseñaron a las tiernas indias, canciones de cuna en castellano. Nacían así a un tiempo la ciudad y sus primeros hijos. Don Sebastián tuvo por fin un hogar, medio morisco y medio cristiano, con lumbre y color donde abandonarse tras la brega indecible a la reparación única de la caricia, del canto y del pan. Popayán sería su sede, la capital de su provincia o de su reino, si reino le diese el Emperador. Por la defensa de su ciudad fulguraría su tisona famosa bajo todos los soles. Por ella y su grandeza surcaría de nuevo los mares, se complicaría en las mentidas intrigas de la corte, guerrearía más aún, volvería al Perú, sacrificaría sus hombres, quebrantaría su fortuna, volvería a viajar encadenado y mísero para hallar tumba tan pobre como fue su cuna, entrambas grande marco de su aventura. ¡Y en qué manera los genes del padre se perpetúan en su hechura! La Popayán soberbia, cabeza espiritual y temporal de todas las ciudades del occidente colombiano, la cantada por los poetas, la envidiada por los guerreros, queda pequeña en su grandeza de semidiosa para que crezcan sus hijas, se desprende de todos sus bienes para que se enriquezcan las ciudades que nacieron de su entraña, les envía este raudal allá diminuto del río paterno para fertilizarlas y agigantarlas, mientras ella puede sufrir las carencias de Belalcázar preso camino de Cartagena y de su fin.*

Por Santiago de Cali el Cauca púber tiene los arrebatos de su edad. Los troncos añosos navegan en su linfa con infirmitad de pajas. Tierras de sembradura, viviendas humanas, extensas dehesas tiemblan a la amenaza de su desbordamiento. Las piraguas

mantienen un diálogo con las garzas blancas. Balsas inmensas bajo hombres desnudos y el gobernalle único de la débil guadua. Otra de las hijas de Belalcázar, digna émula de la ecuatorial Quito. En ella el paisaje es cerebro, corazón, sangre, músculo. ¿Por qué esta, amada desde antes, no fue la favorita del mitológico Don Sebastián? Languidecían en este valle de maravilla los varones más esforzados. Se abatían al paso del Cauca potente los más robustos árboles de la selva primitiva. Un estío embrujador llamaba a la molicie y conducía a la muerte. Reino maravilloso, nunca antes soñado, su sortilegio traía para la tropa el maleficio. Popayán hacía pensar. Popayán estimulaba la aventura. Cali hacía dormir y amar. Las tierras bajas estaban señaladas como el tesoro de la conquista, pero lo guardaban invisibles gnomos que siglos después llamaron microbios. Los nuevos alcázares y castillos habían de estar situados en la eminencia. De entonces quedó grabado el sello de nuestra civilización andina, o continuada esta calidad aborigen. Si hubieran preferido nuestros tatarabuelos los placeres de las tierras bajas, no seríamos.

La hazaña del señor Marqués Pizarro se había iniciado en la tierrabaja, a la orilla del mar, del mar Atlántico, del mar único que trae en su flujo y reflujo todas las civilizaciones. Ojeda, Balboa, Nicuesa, Pizarro, todos tuvieron que abandonar el golfo. Veinticinco años después de fundadas, Santa

María la Antigua del Darién y San Sebastián de Urabá eran ya ruinas. Y a poco la famosa Panamá no daba ni dineros ni honra. Fue romper con todo lo establecido esto de lanzarse al nuevo Mar del Sur, a un mar sin historia, esto de trazar una raya en la isla del Gallo, esto de aventurarse primero a fundar la ciudad de los Reyes y dejar que de ahí nacieran al mediodía el reino de Chile y al septentrión Quito y Popayán, Pasto y Cali, Cartago y Santa Ana de los Caballeros, Santiago de Arma y Santa Fe de Antioquia, "la última ciudad del Perú", que pudiera Robledo, soldado de Belalcázar y este soldado del Marqués, volver por tierra, cerrando el círculo hasta la abandonada región del Golfo de Urabá, donde tuvo inicio la locura y el hallazgo del Mar del Sur. Fracaso colosal del Darién, escuela de todos los buenos sucesos de la América Meridional. Hoy Urabá vegeta aún en su tierra cálida, tal como los españoles lo encontraron. Ni se habla español por todos. Ni son bautizados sus niños. No hay alfabeto ni noción clara del calendario. Los aventureros fundan aquí y allá explotaciones de la selva virgen. Construyen ferrovías que luego, implacable, la humedad nemorosa devora, haciendo de las traviesas abono para nuevos árboles de la vieja especie. Las hay, y el choibá es una, en que los leños son duros y adustos como la roca. Los árboles también tienen edad de piedra. Hemos pasado ya los cuatro siglos y medio desde aquellas primeras fundafundaciones de Tierra Firme. La



costa antioqueña está aún por conquistar. El clima no les ha permitido aprender a hablar español. Las simillas de la cuenca mediterránea no han podido aclimatarse allí. Los antioqueños, tan buenos colonos fuera de su suelo, luchan aún por adaptar sus bueyes y caballos. Quizás esta sea nuestra tarea para la segunda mitad del Siglo XX, pero hasta ahora sólo hemos sembrado cruces regadas con lágrimas. Porque Urabá no es el clima de Popayán, grato a Belalcázar y a sus hombres. El del hombre blanco del Mediterráneo. El que imponen hoy con aparatos de nueva invención cuando acondicionan el aire ambiente. El clima del pensamiento y de la gloria.

Los viejos textos de nuestra historia patria presentan como fundador de Colombia al del Nuevo Reino de Granada. Y siguiendo la tesis obvia de que un río es siempre el padre de toda civilización, al Magdalena sólo atribuyen tal paternidad. Pero al adelantado Don Sebastián de Belalcázar y a la expedición del Perú y al río Cauca y al Océano Pacífico los dejan injustamente en un segundo plano. Quienquiera que sepa lo que es hoy Colombia aprecia cómo el Cauca y el Valle y Caldas y Antioquia son el núcleo vital de esta sociedad y cómo ellos son obra caucana y fundación de Belalcázar y de su teniente y víctima Robledo, como también lo son en alguna manera Pasto y Neiva y El Tolima y Córdoba y Bolívar y nuestro Chocó, casi tan primitivo aún como Urabá.

Esto de mirar con parcialidad más al Oriente y al Atlántico que al Occidente y al Pacífico tiene repercusiones en nuestro discurso social y no poco que ver con nuestro fracaso colectivo. Bien estuvo que mientras la navegación del Río Magdalena era la única solución lógica de la encumbrada capital para su tráfico con el mar y la soldadura de nuestros hemisferios, el Atlántico constituyera su camino obvio de progreso. Mas cuando ya no se trataba de navegación fluvial sino de estrechar con paralelas de hierro, como largos brazos, su vínculo con el país y su llegada al océano, resulta poco haber construido una vía paralela a la navegación que repitiera hoy la peregrinación de Quesada, doblando esfuerzos, y haber olvidado el Ferrocarril Troncal de Occidente, con el túnel de Mares que uniera a Bogotá con Armenia, Ibagué, y Cali y Buga y Bucaramanga en tramo más corto y en unión lógica con todos los mares, porque el Canal de Panamá ya fue hecho, y además con nuestros hermanos más de veras, el Ecuador y el Perú y Bolivia y Chile y mediante él la Argentina, el Uruguay y el Paraguay, que esto sí es patria y esta sí la visión continental de Pizarro. "*Respice austrum*" y no solamente "*Respice polum*". Pero también los puertos centroamericanos y mexicanos y la colosal California deberían tener por el Mar del Sur la vía lógica.

No es que solicitemos el levantamiento de los rieles del Ferrocarril del Magda-

lena, llamado hoy Ferrocarril del Atlántico. Está hecho y es útil. Levantamiento de rieles hubo sí, en el Ferrocarril Troncal de Occidente, en la ruta del Cauca, en la aventura de Pizarro, de Belalcázar y de Robledo.

Alzaron las traviesas de Bolombolo a Anzá. Dejaron llenar de orín y declararon inservibles las locomotoras en Puerto Ospina. Abandonaron el trazo lógico del río Cauca, que necesitaba rieles por no ser navegable, cuando la unión de Cartagena y Buenaventura, mejor también de Barranquilla y Tumaco e Ipiales era la necesitada por la capital de la república y por las dos terceras partes de la población colombiana, que eso vamos siendo los que habitamos en el occidente y seguimos pagando un tributo demasiado costoso a la primogenitura en caudal del río Magdalena sobre el río Cauca, y al hecho de que la expedición maravillosa de Quesada haya partido de Santa Marta y llegado días antes que Belalcázar a la Sabana de los Zipas. El ferrocarril de costa a costa es una necesidad indudable. Nuestra vía interoceánica.

Gran río de los colombianos es éste. De las veinte más populosas ciudades de Colombia solamente tres, Bogotá, Bucaramanga y Cúcuta, están situadas al oriente del río Magdalena. De las 63 ciudades con más de 30.000 habitantes, quince demoran allende el Magdalena y aquí 48. Descontada la capital, doce ciudades llegan a cien mil: dos

allá, diez acá. El Nuevo Reino de Granada, con toda su gloria y nuestro amor, tiene que ceder a los hechos sociales. No se trata de menospreciar las viejas fundaciones españolas, gloriosas desde luego. Frente a la dulzura de la ciudad de Tunja, aquí el florecimiento de la villa de Medellín. Frente a la señorial Vélez, aquí el milagro de Cali. Allá la clásica Nueva Pamplona, aquí el prodigio de Pereira. Allá el encanto de la Villa del Rosario de Cúcuta y aquí el empuje de Manizales. El viejo silencio de la Villa de Leyva y aquí el nuevo bullicio de Armenia del Quindío. El sacrosanto recuerdo de Ocaña, aquí la tremenda actividad de Montería. El maravilloso paisaje de Santa Marta y el hervidero indescripible de Barranquilla. El arcaico misterio de Santa Rosa de Viterbo y este vivir invencible de Palmira.

¿Nos han de decir que somos malos colombianos porque analizamos la verdad? ¿Hemos de seguir cerrando indefinidamente los ojos a los hechos sociales por continuar en un mundo de mentira y de engaño, de espaldas a la realidad nacional? No. Nosotros invocamos planes educativos, planes de obras públicas, planes de salud, de trabajo y de progreso para la mayoría de los colombianos que decidió libremente habitar en el occidente de nuestro territorio, como hasta el siglo pasado, también con esa relativa libertad de las sociedades, había decidido morar de preferencia en la parte oriental, y tenemos para todos igual amor.

Pedimos caminos para acá donde está viviendo hoy el hombre colombiano porque los caminos son para los hombres. Pedimos que se unan las cordilleras central y occidental por muchas vías. Que haya más puentes sobre el río Cauca porque ambas riberas suyas son habitadas por colombianos, y en sus afluentes están nuestras más grandes ciudades. Pedimos que en las escuelas se estudien el río Cali y el río de La Vieja, el Otún, el Tonusco, el Risaralda y el de Arma, el Porce y el Nechí, porque no son simples corrientes de aguas puras, sino enturbiadas por el sudor de muchos colombianos que en estas latitudes están haciendo patria.

Cuando el Cauca grande se dispersó, cuando Cali y Pasto, Quibdó y Cartago y antes Ibagué y Neiva dejaron de ser caucanas, cuando de la metrópoli payanesa nacieron las iglesias de Antioquia y la de Medellín, la de Jericó y la de Santa Rosa de Osos, la de Manizales y la de Cali, la de Palmira y la de Pasto, la de Pereira y la de Sonsón, la de Quibdó y la de Istmina, la de Buenaventura y la de Tumaco, la de Palmira y la de Armenia, y la de Cartago, grandes bienes espirituales sin duda se derivaron de estas parcelaciones pero en parte se ha perdido el sentido de unidad y la grandeza de común destino. Otro

**PEDIMOS CAMINOS PARA ACÁ DONDE ESTÁ VIVIENDO HOY EL HOMBRE COLOMBIANO PORQUE LOS CAMINOS SON PARA LOS HOMBRES. PEDIMOS QUE SE UNAN LAS CORDILLERAS CENTRAL Y OCCIDENTAL POR MUCHAS VÍAS.**

tanto ocurrió cuando la provincia de Antioquia, en los albores de la colonia, fue desmembrada de la de Popayán. Pero ello era una repetición de la desintegración del reino del Perú para dar vida a la provincia de Popayán, a la presidencia de Quito y a aquella provincia de Guayas, manzana de discordia luego entre los émulos mayores de nuestra América.

¿Por qué este proceso de desintegración desde los días iniciales cuando seres de carne y hueso realizaron proezas no menores que las mitológicas para que nosotros viviéramos y habitáramos estas tierras, laderas del Cauca, costas del Mar del Sur?

¿Por qué este sino de la división que posee también a los segundos fundadores de América, Bolívar y San Martín, que vuelven a separarnos en las mismas tierras que fueron del Inca y de Pizarro y de Belalcázar?

¿Por qué este mismo dolor que ahora comentamos de que haya de hablarse de Oriente y Occidente colombianos con peligro para la unidad?

Ha sido siempre el desconocimiento de los hechos sociológicos nuevos. En La Española no podían entender que Tierra Firme dependiese del Rey y no de la Audiencia de Santo Domingo.

En Panamá no podían entender cómo el Perú dependiese del Rey y no del Gobernador del Istmo. En la Ciudad Real no podían entender cómo Belalcázar dependiera del Rey y no del Perú. Belalcázar no podía entender cómo Antioquia dependiese del Rey y no de Popayán, y en Pácora se tajó el penacho más enhiesto de mariscal por razones de Estado.

Este el ejemplo maravilloso de nuestra ciudad materna. Mejor tener colegio mayor y universidad que cuarteles. Cuando Mosquera cede hace casi un siglo en Rionegro muchos de los atributos de la victoria, logra que la Constitución sea Federal y abra el campo a la reunificación americana, Popayán no lanza su candidatura a la hegemonía. Ninguna ciudad pretenderá en los Estados Unidos de Colombia, que son un sueño continental, hacer pequeñas las demás. El Presidente del Estado Soberano del Cauca ejercerá desde Bogotá poderes tan limitados que permitirán la existencia de gobiernos hostiles como el de Berrío en Antioquia. Si García Moreno hubiera podido convivir con este perseguidor de la Iglesia, la reunificación hubiera comenzado por el Ecuador, sin mengua alguna de la dignidad provincial, esa que hemos perdido, por llamar mentirosamente dignidad nacional.

La hegemonía de las capitales va contra nuestra idiosincrasia, que es federal. Vengo de una región en que dos

jóvenes fueron cegados en luchas temerarias por los fueros provinciales conculcados; la de Jorge Robledo y la de José María Córdova.

Nuestra idiosincrasia, como la de los griegos, es federal. No abogo por la Constitución de Rionegro, mi ciudad, en que tanto se hermanaron el sueño payanés de Mosquera y el de la memoria de Córdova en ese otro clima maravilloso de dieciocho grados y en ese otro valle de encanto con su parva ciudad y sus también "continuas y gráciles colinas". La federación radical, con libertad de construir, comerciar y portar armas, sin impuestos que atentaban, según ellos, contra el sacrosanto derecho de propiedad, con persecución a la Iglesia por ser un poder extraño dentro de la soberanía, con ejércitos hostiles y libertad indefinida de legislar en cada provincia, ya fue ensayada y declarada falla en nuestra historia.

Pido para nuestra América una unión urgente que en algo calque los aciertos extraños. Una ciudad capital sin anhelos imperialistas como Berna o Bonn, que son otras Popayanes o Bugas bellas y tolerantes, construida para ser capital, sin familias de antiguo solar: otras Washington y Brasilia.

Qué maravilloso es el sueño incaico de Miranda, el sueño del habla hispana de Bolívar para su congreso anfictiónico de Panamá. Santander en Bogotá funda el panamericanismo.

Pero la idea prístina bolivariana era sin participación de los Estados Unidos ni del Brasil. Eran los pueblos de habla hispana, los nacidos de España al contacto en cópula de gloria con la espada americana.

Esta continuidad de terrotorio desde el México grande de entonces, aunque ya perdida Florida por venta al Tío Sam para hacernos la guerra, hasta el Cabo de Hornos con la columna vertebral de los Andes. Esta unidad de lengua y de religión y de historia y de gobierno hasta 1810, esta comunidad ya advertida en la Carta de Jamaica con precisión jurídica comparable a la de Duguit, había de reconstruirse en una sola patria después de la victoria de Ayacucho y habrá de serlo el día en que se cumpla el sueño de los grandes americanos.

Carpintero en su juventud, el Cauca se labró un tálamo de placer indecible. Cantero y escultor en su madurez, adéntrase como vena por entre los Andes que son la osamenta de la patria. Dicho que el Magdalena es la arteria, déjese nos creer que el Cauca y sus afluentes son el sistema de las venas, aunque resulte menos pura nuestra sangre. El Cauca encañonado y bravío, con su grito de espuma, está cerca como nunca del hombre. Es el Cauca Hondo cantado por Barba Jacob, el gran padre Cauca que trazó la aventura colonizadora única realizada por el hombre colombiano sin importaciones peninsulares.

Esas gentes de Rionegro y Marinilla, del Retiro y de la Ceja, de Sonsón y de Abejorral eran tan analfabetas y tan burdas como las que llegaron de Vasconia y de Andalucía siglos atrás. Comenzaron su peregrinar, apenas nacida la patria, apartándose de las vertientes nativas que miran al Magdalena, y buscando las riberas de la Cinifaná y del Poblano que van al Cauca. Fuera del socavón y de las marchas interminables de arriería hallaron una fuente nueva de ingresos, el café, con la cual construyeron a Fredonia primero y al Suroeste que fue uno de los departamentos de Reyes, con capital en Jericó, y, siempre arriba llegaron a ese reino de ensueño del Quindío y a Sevilla del Valle y Santa Isabel del Tolima.

“Arriba” es la expresión geográfica de los arrieros y de los fundadores. No expresa altura sobre el nivel del mar. Más arriba que ellos, en sus cumbres de Yarumal que otean el otro Cauca grande, el de abajo, ¿quién podría estar? Los niños de la escuela de hoy, familiarizados con los mapas, tienen la clara idea de que arriba es el Norte o Septentrión. Pero arriba, en el idioma de los colonizadores de Occidente, son las cabeceras del río Cauca, es el Cauca famoso que para ellos tuvo la atracción que el Potosí representó para los españoles del siglo XVI o es el llamado a gritos de la frontera mágica y movediza para los pioneros del Oeste americano.

Este nudo humano del Cauca Central y sus afluentes, que abarca a Cali y su río Cali y a Medellín y su río Medellín o Porce, es la porción más poblada del territorio colombiano cuyo centro general de gravedad de población es Pereira con su Otún. Cuando hablamos del civilizador de Colombia no hace falta remontarnos a la cultura quimbaya para comprobar este hecho protuberante y grandioso de una zona colmada de industrias, rica en café, poblada de gentes emprendedoras en ciudades populosas y limpias. El Cauca hasta ayer navegado, hoy surcado de caminos y rieles, vigilado desde la cumbre alta del valle de Pubenza, donde es cantarín y bullanguero, musita palabras de amor en Cali y en su conjunción con el río de La Vieja, levanta collados de alborozo a este lado del valle de Risaralda y orada rocas en pelea gigantesca entre el agua y la piedra allá donde lo aprisiona la mano dura de la montaña en gargantas de vértigo.

Pero el Cauca humano empieza a llegar a una vejez tranquila por tierras de Caucasia, donde grandes barcos pueden surcarlo sin peligro y los pescadores y bogas desnudos coquetean con la luna y la manigua. Nueva aventura apenas se ha iniciado allí hace veinte años. El clima deletéreo que hizo retroceder hasta Popayán a los veteranos curtidos de Belalcázar fue hallado intacto por nuestra generación en esas anchurosas tierras. El vector anofélex y la colección de serpientes

representan hoy como entonces las deidades indígenas que vigilan la inviolabilidad del río y de sus selvas, grabadas en rupestre.

El hombre americano continúa, lenta pero firme, la empresa de crear una civilización en el trópico. Cauca y Magdalena se abrazan por fin no en el escondite no visto del bosque oscuro, sino a la vista de una país anhelante, que unido como ellos, cantando canciones de bogas de betún, desea realizar un destino histórico. Ríos paralelos, el Magdalena tiene un nombre femenino, largo como su cauda armoniosa, y al padre Cauca, aunque terminado en a, nadie le dijo nunca la Cauca; es de tal reciedumbre en la lucha, que representa para los colombianos la masculinidad. Unidos en un solo amor a lo largo de Colombia, fugitivos de austro a septentrión como dos Nilos, no nos dividan sino únannos como ellos, no nos inunden sino fecúndennos, no nos ahoguen sino pásennos a la otra ribera, la del amor.

No dejen los colombianos de pensar en el Magdalena, pero no piesen menos en su Cauca. No dejen de mirar al Atlántico, el mar de Europa, pero no miren menos el Pacífico, el mar descubierta por Balboa desde tierra colombiana, mar de Colombia, del Perú, del Ecuador y Chile, de California y México, de toda Centroamérica, y la Bogotá que absorbe y la Popayán diminuta que difunde, dennos un equilibrio cordial para este pedazo despedazado de América.

